

Bar. 5, 1-9
Sal. 126, 1-2. 2-3. 4-5. 6
Fil. 1, 4-6. 8-11
Lc. 3, 1-6

Homilía

Alabado sea Jesucristo, ahora y por siempre. Amén.

San Juan el Bautista, el Heraldo de Nuestro Señor en su venida al mundo, es —al mismo tiempo— nuestro ejemplo e intercesor especial durante el tiempo de adviento. Él es nuestro ejemplo. Esperó la venida de Nuestro Señor con constante atención y firme disciplina. Por ello, estaba dispuesto a escuchar y responder a «la palabra de Dios», que vino a él «en el desierto¹». Habiendo recibido la llamada de Nuestro Señor, se puso en marcha para preparar la venida de Nuestro Señor «predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados²».

El tiempo de adviento es especialmente rico en gracia para nosotros, de modo que debiéramos escuchar atentamente la Palabra de Cristo para nuestras vidas y ponerla en práctica incondicionalmente. San Juan el Bautista nos anuncia que «todo hombre verá la salvación de Dios³». Nosotros, en efecto, vemos la salvación de Dios en Cristo vivo en la Iglesia, especialmente cuando Él viene a nosotros a través de los sacramentos. La gracia del adviento nos dispone siempre más a purificar nuestros corazones de todo lo que pueda mantenernos alejados de Cristo y a crecer en conocimiento, amor y servicio a Él. En cumplimiento de la profecía de Baruc, Dios, en su Hijo Unigénito Encarnado, nos rescató de la esclavitud del pecado y nos dio la gracia «para avanzar firmemente en [su] gloria⁴».

San Juan el Bautista intercede por nosotros. Podemos estar seguros que, en la comunión de los santos, san Juan Bautista intercede por nosotros, para que cooperemos con la

¹ Lc. 3, 2.

² Lc. 3, 3.

³ Lc. 3, 6.

⁴ Bar. 5, 6-7.

gracia de Dios y para que estemos expectantes y preparados para recibir a Nuestro Señor en el día de su venida final. En modo particular, como lo hizo por las personas de su tiempo, él intercede por nosotros, para que recibamos la gracia de arrepentirnos de nuestros pecados y de reparación de las ofensas con las cuales hemos ofendido a Dios y del daño que nos hayamos hecho a nosotros y a los demás debido a nuestros pecados. Juan el Bautista nunca deja de interceder por nosotros, para que vivamos más plenamente en Cristo, puesto que en Cristo «Dios conducirá a Israel con felicidad a la luz de su gloria, con la misericordia y justicia propias de Él⁵».

Cuando consideramos nuestra propia pecaminosidad y las consecuencias del pecado en nuestro mundo, especialmente el ataque furioso a la vida humana y a los hogares de las familias constituidas por el matrimonio entre un hombre y una mujer, estamos tentados a un profundo desánimo e, incluso, desesperación. No obstante, no debemos ceder a la tentación, pues Cristo está vivo en nuestras almas a través de la habitación en nosotros del Espíritu Santo. Debemos recordar el texto inspirado de san Pablo: «[estoy] convencido de que quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús⁶». Deberíamos abrazar cada momento de la vida que Dios nos da, luchando para ser «puros y sin falta hasta el día de Cristo⁷», debido a «los frutos de justicia⁸» que se derraman en nuestros corazones desde el glorioso perforado Corazón de Cristo.

Durante el adviento, san Juan Bautista nos da un ejemplo heroico de cómo vivir para recibir siempre a Cristo en nuestras vidas. El evangelio, describiendo la llamada y la misión de Juan el Bautista y haciendo referencia a la profecía de Baruc, nos exhorta:

Todo valle será rellenado, y todo monte y colina allanados; los caminos torcidos serán rectos, y los caminos escarpados serán llanos. Y todo hombre verá la salvación de Dios⁹.

⁵ Bar. 5, 9.

⁶ Fil. 1, 6.

⁷ Fil. 1, 10.

⁸ Fil. 1, 11

⁹ Lc. 3, 5-6.

No debemos perder nunca la confianza en que la gracia de Dios, derramada en nuestros corazones desde el Sagrado Corazón de Jesús, está constantemente en actividad dentro nuestro para corregir cualquier cosa en nuestras vidas —sea de mucha o de poca importancia— que haga difícil el camino para la llegada de Nuestro Señor. La gracia divina allana el camino a Nuestro Señor a fin de que llegue a nuestros corazones a sanarlos y fortalecerlos con su verdad y amor.

Hoy recordamos a san Juan Diego, el mensajero de Nuestra Señora de Guadalupe, quien imitó a san Juan Bautista en su atención a todo lo que Dios le pidió a través de la Virgen Madre de Dios. El relato de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe a san Juan Diego nos cuenta que, cuando ella se le apareció por primera vez, «era sábado, muy de madrugada, [y que él] venía en pos de Dios y de sus mandatos¹⁰». Era el deseo de san Juan Diego conocer más plenamente a Dios para ser conducido a amarlo y servirlo, de acuerdo con las instrucciones dadas por la Virgen Madre de Dios.

A través del relato de las apariciones, notamos que la pureza del corazón de san Juan Diego es evidente. Cuando estaba presentando el signo de Nuestra Señora al Obispo Juan de Zummárraga, describió al mismo cómo Nuestra Señora había proveído el signo de hermosas rosas en un escarpado monte durante el frío del invierno:

Aunque bien sabía yo que no es lugar donde se den flores la cumbre del cerrito, porque sólo hay abundancia de riscos, abrojos, huizaches, nopales, mezquites, no por ello dudé, no por ello vacilé¹¹.

San Juan Diego confió en la palabra de Nuestra Señora. Quería solamente conocer, amar y servir a Dios.

En la conclusión de la santa Misa, los niños y las niñas serán aquí incorporados a la fraternidad san Juan Diego del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Presentándose para convertirse en miembros de la fraternidad san Juan Diego, manifiestan su deseo de imitar a san Juan Diego como mensajeros de Nuestra Señora.

Niños y niñas que serán incorporados en la fraternidad san Juan Diego, que Dios los haga conocerlo, amarlo y servirlo, como san Juan Diego lo hizo. Con su incorporación en la

¹⁰ *Nican Mopohua (Aquí se cuenta)* (México, D.F.: Design & Digital Print S.A. de C.V., 2001), p. 1, n. 6.

¹¹ *Nican Mopohua*, p. 19, n.175.

fraternidad san Juan Diego, se comprometen a buscar un más profundo conocimiento de Dios, para poder amarlo más generosamente y servirlo más fielmente a través del amor que ustedes muestren a los demás, especialmente en sus familias.

Niños y niñas, jóvenes todos, que están por ser incorporados a la fraternidad san Juan Diego, imiten a san Juan el Bautista, como lo hizo san Juan Diego. Estén atentos a hacer todo lo que Dios está pidiendo de ustedes. Que su vigilancia en esperar a Nuestro Señor y el recibirlo en sus vidas, inspire a otros a buscar conocer a Dios, amarlo y servirlo con todo el corazón.

En modo particular, que su participación en la fraternidad san Juan Diego los ayude a conocer el plan especial de Dios para ustedes, su vocación en la vida. Recen todos los días, a través de la intercesión de san Juan Diego, para darse cuenta cómo quiere Dios que ustedes lo sirvan en su santa Iglesia, sea en la vocación al matrimonio, sea en la entrega comprometida de la propia vida, sea en la vida consagrada, sea en el sacerdocio. Con san Juan Diego confíen en que Dios les dará todo lo que necesiten, en la medida en que se esfuercen para hacer su voluntad en todas las cosas.

Imitando a san Juan el Bautista, elevemos ahora nuestros corazones al glorioso perforado Corazón de Jesús. Unidos al Corazón Inmaculado de María, que nuestros corazones pertenezcan totalmente y para siempre al Sacratísimo Corazón de Jesús. Uniendo nuestro ser a Él en el Sacrificio eucarístico, que nuestros corazones atraídos por su Sacratísimo Corazón amen constantemente a nuestro prójimo, especialmente a los más necesitados.

Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el vientre de la Virgen María,
¡ten misericordia de nosotros!

Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la nueva evangelización,
¡ruega por nosotros!

San Juan el Bautista,
¡ruega por nosotros!

San Juan Diego,

¡ruega por nosotros!

En el nombre del Padre, y del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardinal BURKE